

La calle  
Diario de un espectador  
Aprendiz de pintor  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves primero de noviembre de 2007

Una de las destrezas del publicista experto, además del conocimiento íntimo de las palabras, para hacerlas dignas de atención y, más todavía, poderosamente persuasivas, consiste en crear y recrear figuras, combinar colores, generar símbolos y emblemas. El publicista que respeta su trabajo ha de contar con talento y apetito cromático, ser ducho en iconografía y, más ampliamente, según la anchura de sus intereses, conocedor de la historia del arte, gustador de sus hitos, de sus momentos estelares, de sus protagonistas.

Eso ha sido Eulalio Ferrer. Por eso no extraña que en la altura de su madurez haya estudiado al gran genio del Renacimiento y a su obra cumbre —o uno de los elevados picos de su cordillera—, la Mona Lisa. Ayer nos aproximamos al estilo de Ferrer en el momento en que Leonardo da Vinci inicia su fructífero camino por la vida. Ahora lo veremos como aprendiz de pintor:

“De modo providencial, desde temprana edad el pequeño Leonardo mostró un acentuado interés en las formas y los colores, afición que pronto lo inclinaría a convertirse en un ávido artista. A los ocho años, el niño hermoso y saludable que era dibujaba todo lo que le producía curiosidad. Sentía una profunda predilección por la pintura y el dibujo porque ya desde entonces era un genio predominantemente gráfico, no verbal. Desde niño pensó siempre en imágenes y de adulto llegó a ser capaz de dibujar como nadie lo que pensaba. Ante él, las palabras se revelaban como un medio limitado....

“Según fue creciendo, siempre marcado por la tara de ser mal estudiante, Leonardo comenzaba a ser admirado por sus contemporáneos. Una de las más notables leyendas de sus años de formación consigna que, de niño, pintó la figura de un monstruo terrible en una rodela con la intención de crear un objeto que produjera los mismos espeluznantes efectos que la cabeza de Medusa. Para conseguirlo, extrajo de grillos, serpientes y lagartijas reunidos por él en su habitación los rasgos de un pavoroso animal imaginario. De tan absorto que estaba en su obra, Leonardo no se percató de que sus especímenes animales habían comenzado a pudrirse, infectando la habitación con un olor insoportable. Sorprendido por el realismo de la obra, el padre de Leonardo concluyó que su hijo tenía que ser artista. Y ya que muchos caminos profesionales le estaban vedados por su condición de hijo ilegítimo, el arte se aparecía como la elección natural de ese niño superdotado.

“Alrededor de 1465, Ser Piero condujo a su hijo al taller de Andrea del Verrochio, uno de los artistas más reconocidos de Italia, destacado pintor, escultor, orfebre y artesano del bronce. Situado en Florencia, es en el taller de Verrochio, que trabajaba para los Medicis, donde Leonardo perfeccionaría sus numerosas habilidades y conocimientos en el curso de una formación clásica: primero aprendiz, después compañero y finalmente maestro. Durante su estancia convivió con otras grandes personalidades artísticas de su tiempo, como Lorenzo de Credi, Perugino y Botticelli, en ese entonces también aprendices de Verrochio...

“Al instalarse en Florencia, Leonardo escala aprisa, con fuerza y pasión, la cumbre del triunfo. De su maestro aprende una novedosa manera de aproximarse al diseño y la cultura visual. Pero no sólo el pupilo aprendió del profesor. Eugenio Muntz ha afirmado que la evolución del propio arte de Verrochio se debió a la influencia de Leonardo, ese discípulo que se convirtió muy rápidamente en el maestro de su maestro. Y es que, en plena adolescencia, Leonardo desbordó a su mentor. Cuando pintó el ángel de la izquierda en el Bautismo de Cristo de Verrochio, éste quedó tan impresionado por la belleza de la figura, que decidió abandonar la pintura para dedicarse exclusivamente a la escultura”.